

NIMIEDADES VITORIANAS

ANIMALES «REMARCABLES»

CONVIENE consignar primero los preliminares necesarios y que pueden servir de base para la mejor comprensión de lo que va a decirse.

En la época a que esto se refiere, mediados del pasado siglo, había en Vitoria escaso tránsito rodado y era aún menor el número de coches y caballos de lujo. Los dueños de estas comodidades conservaban los vehículos hasta que éstos se desarmaban en fuerza de rodar y tenían en sus cuadras a los animales hasta que se morían de enfermedad o de puro viejos.

Sucedía con estos servicios de lujo lo que con los muebles de algunas habitaciones empleadas en recibir a los visitantes. Los muebles eran ricos y sólidos, pero no se remudaban con la frecuencia con que se hace alma en las viviendas montadas con ciertas pretensiones, en las cuales se cambia el mobiliario cada dos o tres años, sino que, por el contrario, se cuidaban y conservaban mucho. Yo recuerdo aún una sillería de caoba maciza, tapizada de damasco rojo de seda, que había en casa de mis padres, a cuya sillería se la miraba con tanto respeto como a un canónigo del antiguo régimen. Muchos vitorianos que peinan canas, otros que se tiñen el pelo de blanco y los que tienen la cabeza tan limpia de pelo como una bola de billar, ovalada en fuerza de dar vueltas, podrán testificar de lo que escrito va.

Constatado todo esto, que diría un chileno, comienzo a explicar el asunto.

Oíd y escuchad.

Ese «Animales «remarcables» del epígrafe *cay* en verso ¿eh? Pues ese dichoso sonsonete poético me ha hecho suprimir la palabra «vitorianos». Que es lo que quería haber puesto en el epígrafe.

También por razones del arte de la tipografía he debido prescindir de esa palabra «vitorianos», pues resultaría mucha cabeza para tan pobre asunto como el aquí tratado.

De modo y manera que a causa del sonsonete literario y de las exigencias del arte tipográfico, el epígrafe ha quedado reducido a dos palabras (sin contar la cabeza, «Nimiedades vitorianas»), debiendo en otro caso haberse compuesto de esta manera:

ANIMALES «REMARCALES» VITORIANOS

Se habrán fijado ustedes, además, que en este epígrafe me permito un poco de gerigonza cultigaliparla.

Viste mucho eso de darse una apariencia de hablar la lengua de Molière y de Napoleón el *Chico*, como me parece que le llamaba (no quiero levantar falsos testimonios) Victor Hugo a Napoleón *troisième*; es decir, le llamaría— si le llamó — *Napoléon le petit* o *le petit Napoléon*. Pero, en fin, viste mucho, lo repito, hablar el idioma universalmente conocido como lenguaje empleado por los diplomáticos y por los pinches de cocina de todos los trasatlánticos del mundo, y por todos los *garçons* de coches-camas ferroviarios; éstos, *les garçons*, no obstante servir al viajero finamente, le mirarán con cierto desdén compasivo si no se demandan sus servicios en correcto gabacho, pensando si el pasajero usará todavía el cinturón de plumas del indígena; el pinche creará soñar si no se le pide el *beefsteack* en usual *patois* francoinglés y servirá más tardamente que si se le pidiera un cuarto de luna, y, en cuanto a los diplomáticos — especialmente si ignoran el francés — contestarán a la petición de cualquier asunto, no hecha en galaico, con un gruñido solemne, a estilo de arqueólogo ante una restauración modernista de algún viejo monumento.

¡Oh, el francés!

Veamos la explicación de «remarcables» empleada aquí.

No es «remarcable» o no llamo «remarcable» a los animalitos que se citarán en seguida, porque se les haya marcado nuevamente en la ganadería o hayan pasado a otra o su dueño les haya puesto nuevo hierro; se emplea lo de «remarcable» como correspondiente a nota-

ble, en castellano empleado para andar por casa, por la calle y por todas partes.

Ustedes juzgarán si la relación de animales es notable, por los individuos que la integran.

No deben aquí entrar en cuenta ni el buey Apis, ni el toro del Evangelista, ni los bueyes de San Isidro, ni otros bueyes, más o menos sociables y conocidos, que andan sueltos por las calles.

Ni el perro de San Roque, ni el de Santo Domingo, ni otros chuchos igualmente inofensivos, por mucho que hagan el majadero, o sea por mucho que ladren.

Ni el cerdo de San Antón, que consta no es de ninguna Granja modelo, aunque tenga rivales en socios que se lavan la cara cada trimestre por lo menos o cada medio año, cuando más.

Y al llegar a este punto me encuentro indeciso, perplejo, si debo incluir en esta enumeración un animalito extraordinario e ilustre, como cualquier zascandil meticón y destripacuentos. Me refiero a la celeberrima burra de Balaam; ya lo habrán ustedes supuesto. Ignoro si este animal (la burra, aunque el jinete debía ser bastante bruto) era de silla o también de carga o de tiro ligero o pesado; pero, seguramente, fué benemérita, porque con su terquedad, paciencia y elocuencia, impidió que el adivino Balaam cumpliera con el encargo que llevaba de parte de Balac, rey de Moab, para ir a maldecir al pueblo de Israel. (Estos pujos eruditos le dan a uno aire de sabio de aluvión y de religioso de travesía.)

Pasado ese momento de indecisión al clasificar a la borrica, la dejo como está..... y en paz; y continúo haciendo excepciones.

No entra en esta cuenta el caballo de Atila, ni el potro «Cónsul» del incivil emperador romano Calígula, ni «Babieca», el fogoso alazán del Cid, ni el mísero penco «Rocinante» de Don Quijote, ni el caballo de bronce de la plaza Mayor de Madrid, cuya enorme barriga no le permite salir del trote corto, ni sus congéneres (también de bronce) de la plaza Vieja, de Vitoria (oficialmente llamada plaza de la Virgen Blanca), quienes desaforadamente galopan alrededor del monumento conmemorativo de la Batalla de Vitoria, contraviniendo a todos los bandos de Policía urbana. A estos caballitos que corren (porque en el monumento hay otros que están *plantaos*), aunque *corren* por nuestras vías públicas, no se les puede considerar todavía como vitorianos, siendo sólo *maketos*, por no haber sido aún empadronados, ni gozar de

derecho electoral, ni poseer la inmunidad concedida a los forasteros por las cédulas personales.

Descartadas esas individualidades animalescas, vamos con las vitorianas de carne y hueso, de pelo y de crín.

Rompe plaza un caballo grande y gordo, grave y sesudo, de capa color castaño y cabos negros, cuya ocupación consistía en arrastrar una bonita carretela redonda, que servía a D. Juan Molinuevo para ir diariamente a su fábrica de harinas de Abechuco, distante de esta ciudad cuatro y medio kilómetros por la carretera a Bilbao, por Altube. El animal cuando volvía de su paseo se arrimaba a la acera opuesta a su vivienda, en la calle del Prado (yo creo que sin intervención del cochero), para entrar gallardamente en la casa número 9 de esa calle, finca levantada por el Sr. Molinuevo, que en ella vivió y tenía almacenes. Hace unos pocos años se han quitado de la puerta de entrada las guardarruedas y se cambió el piso del portal y del ancho pasadizo que da acceso al interior, pavimento compuesto de madera cuadrículada por baldosines de mármol. La casa la ocupa al presente la sucursal del Banco de España.

Vaya ahora el recuerdo de otro solípedo (no dirán ustedes que olvidé la Historia Natural, aprendida en el bachillerato), conocido también de los vitorianos de entonces y vecino del anterior animal. Era un caballo *argallao*, sacudido de carnes y de color achocolatado, con cabos escasos y negros: un caballo de silla. Lo montó su dueño, don Francisco Juan de Ayala, acompañando al Tercio alavés en su paseo militar por Marruecos el año 1860. El ilustre Ayala, eminente patricio alavés, bien conocido en vida en el país euskaro, honró siempre los puestos públicos que ocupó, prestando a Alava relevantes y siempre desinteresados servicios. Los últimos años del caballo que motiva este párrafo, ya muy viejo, los empleó en servir de cabalgadura al *groom* que lo cuidaba.

Continúo la serie recordando un hermoso caballo pío, es decir, de grandes manchas blancas y castañas, de finos remos, cabeza acarnerada, cruz alta y lomo ensillado, vientre enjuto, grupa redondeada y crines abundosa y ancha y larga cola, que era el tipo castizo y elegante del caballo de silla andaluz. Cuando yo le conocí era ya muy viejo, pero como llevó vida descansada y estaba bien cuidado siempre, al sacarle el palafrenero al diario paseo le costaba contener los ímpetus al brioso animal, que hacía pruebas y tenía aires altos y esbeltos, como

en sus mejores años. Su dueño, el marqués de Legarda, me decía, aludiendo a la edad del caballo, que debió ser coetáneo de los primeros sementales que se enviaron a América.

Y cierro esta relación mencionando a dos *solípedas*, blancas y gordas, de no gran alzada, que, por su corte y su facha, debieron tener su cuna en Tarbes (Francia). El color blanco plateado que tenía su pelo era en fuerza de ser viejas, pues en sus mocedades debieron ser tordillas. *Encerraban* (término cocheril) en el barrio del Prado, entonces extramuros de la ciudad, y estaban destinadas a arrastrar una enorme berlina, y yeguas, coche y casa eran propiedad de D. Cristóbal Fernández de la Cuesta, próximo pariente del venerable publicista vitoriano D. Ladislao de Velasco y Fernández de la Cuesta, autor erudito y patriótico, entre otras obras, de «Los Euskaros», de las «Memorias del Vitoria de antaño» y una biografía de «Juan Sebastián de Elcano», fallecido hace muchos años, por desgracia para el país. Aquellas dos candongas—a las yeguas me refiero—tenían su especialidad, como cualquier inventor moderno. El cochero las atalajaba en la misma plaza de la caballeriza y se salían solas al exterior, colocándose respectivamente en el lado de la lanza en que les correspondía trabajar, esperando pacientemente al auriga mientras cerraba las puertas de la cochera, que entonces las enganchaba. Los animalitos usaban un inmutable trote cochinerero, del cual no las intentaba hacer salir la fusta del cochero y me temo que tampoco lo hubiera conseguido aun empleando la ahijada de azucar bueyes. El Sr. Cuesta debía suponer si alguna de sus yeguas o las dos habrían tenido devaneos con un galán del mismo pelo que ellas, con el caballo de Santiago, sí, allá en sus verdes años, ejerció de Tenorio irracional y descompasado,

¿Qué dice usted, amigo? ¿Que el exordio ha sido más largo que el discurso? Bueno ¿y qué?.....

Me replica usted que soy capaz de dar un bombo a un animal..... Bueno ¿y qué?.....

¿A lo mejor no se da bombo a algunas personas — digámoslo así — más bajas de techo que los animales recordados e infinitamente más bajas de techo que la burra de Balaam que, al fin y al cabo, era una borrica *parlamentaria*?

JOSÉ COLÁ Y GOITI